

La Navidad a través de los tiempos

«Después de la celebración anual del misterio pascual, la Iglesia tiene como más venerable el hacer memoria en su liturgia de la Natividad del Señor y de sus primeras manifestaciones: esto es lo que se celebra en el tiempo de Navidad, que se extiende desde las primeras Vísperas de la Natividad del Señor hasta el domingo después de Epifanía, fiesta del Bautismo del Señor» (UN, 32-33)

Algunas breves consideraciones sobre el origen y desarrollo de la Navidad pueden ayudarnos a comprender mejor la fiesta que celebramos en nuestros días. Sin la luz del pasado es imposible entender plenamente el presente en la esfera religiosa o en la secular.

Los cristianos de los tres primeros siglos ignoraron nuestra fiesta de Navidad, celebrada el 25 de diciembre. En el Imperio romano, el 25 de diciembre constituía una fiesta especial, consagrada al culto del sol. Por otra parte, el Nacimiento de Cristo, antes de ser celebrado en este día, era conmemorado en Oriente, y más tarde también en Occidente, en otra fecha, el 6 de enero. Además, a la Iglesia de los tres primeros siglos no le preocupó el conocer, en general, la fecha del Nacimiento de Jesús.

En la liturgia de Navidad encontramos los elementos básicos de la teología y de la pastoral de la fiesta: la **Navidad** no es sólo el recuerdo de un suceso histórico. Constantemente la liturgia subraya que el hecho del nacimiento de Jesucristo está ordenado a la Redención, a la Pascua, a la Parusía. Según la terminología de los antiguos, la Navidad es una *mcmoria* (misterio), cuyo centro es la muerte y resurrección de Jesucristo, siempre presente y operante, como alma de toda celebración litúrgica.

1. ¿ Por qué el 25 de diciembre?.

Del 17 al 24 de diciembre se celebraban en Roma las fiestas conocidas como saturnales, (en conmemoración de la época del gobierno de Saturno) verdaderos carnavales en donde se repartían regalos a los niños y a los pobres, se cerraban las escuelas, y no estaba permitido hacer la guerra ni propinar castigos. También durante las calendas de enero se intercambiaban regalos y se practicaba la adivinación.

La fiesta de las luces la celebraban los judíos a mediados de diciembre; los teutones y escandinavos el solsticio de invierno. En Persia, el 25 de diciembre era el *Dies natalis invicti Solis*

(el día del natalicio del sol invicto), fiesta principal de Atys, cumpleaños de Mitra, cuyo culto tenía muchas similitudes con el de la naciente religión cristiana.

Estas fiestas paganas del solsticio de invierno se celebraban también en Roma el 25 de diciembre (el emperador Aureliano introdujo la fiesta del Sol *Invictus* en el año 274 d.C), y en Egipto el 6 de enero (el 6 de enero se celebraba una fiesta en honor de Dionisios, fiesta que estaba relacionada con la prolongación del día; en Alejandría el nacimiento de Eón, nacido de la virgen Core; y este día estaba también consagrado a Osiris, en la noche del 6 de enero —se decía— las aguas del Nilo recibían un poder milagroso).

La elección del 25 de diciembre fue determinada, en concreto, por la fiesta precristiana del "Sol Invencible". Según los cálculos del tiempo, el 25 de diciembre era la fecha del solsticio de invierno. Era el día en que el sol aparecía con menos fuerza. La gran fuente de luz y de calor parecía agotada y a punto de fenecer; pero revivía en aquel mismo momento y día tras día, de manera casi imperceptible, crecía en fuerza y en luminosidad. Demostraba que era invicto e invencible.

Antes del siglo IV no existe mención alguna de una fiesta de Navidad. La Iglesia cristiana primitiva conocía sólo una fiesta: Pascua.

En aquella época, los cristianos no eran libres de profesar su culto abiertamente, recurriendo a pequeñas reuniones en casas particulares.

Principios del siglo IV. La Navidad y la Epifanía se celebraban conjuntamente el 6 de enero.

La fiesta del bautismo de Cristo, era celebrada el 6 de enero en Egipto y en Palestina (relato de Egeria), bajo el aspecto de «manifestación» de Cristo, o de Epifanía. En esta fiesta la noción preeminente era la de manifestación.

Ahora bien, en la Iglesia se tenía como la auténtica «manifestación» de Cristo sobre la tierra no ya solamente el bautismo, sino también el Nacimiento de Jesús, de acuerdo con los relatos evangélicos del Nacimiento. A consecuencia de las controversias de principios del s. IV sobre la divinidad de Cristo, se debió sentir una imperiosa necesidad de considerar la fecha del Nacimiento de Cristo como la de su «manifestación". Y lo hacía el 6 de enero. No se suprimió nada de la fiesta original del bautismo: solamente se le añadió la fiesta del Nacimiento.

En su celebración externa, la festividad se dividía en dos partes. La noche del 5 al 6 de enero: fiesta del Nacimiento de Cristo; el día 6: su bautismo. Por tanto, antes de celebrar la fiesta del Nacimiento el día 25 de diciembre, la Iglesia conmemoraba en la noche del 5 al 6 de enero este gozoso acontecimiento.

Así, pues, a principios del siglo IV se celebraba la fiesta del Nacimiento de Cristo en la noche del 5 al 6 de enero. Y se añadía su manifestación: a los magos, en el bautismo y en los milagros (Caná de Galilea). Era la fiesta de la Epifanía en su totalidad.

San Efrén (s.IV) al escribir sobre la fiesta del 6 de enero describe la desbordante alegría que, en tal día, invade a la Iglesia entera. Se celebra en ella el Nacimiento, la adoración de los pastores y la aparición de la estrella. El día siguiente está consagrado a la adoración de los magos y al bautismo de Cristo en las aguas del Jordán.

En la primera mitad del Siglo IV, con la conversión del emperador Constantino y de su edicto de Milán en el año 313, los cristianos que ya podían celebrar sus cultos abiertamente, empezaron a conmemorar la Navidad como fiesta por separado.

El papa Julio I (337-352) escogió el 25 de diciembre no sólo porque algunas antiguas tradiciones apuntaban a esa fecha como la del nacimiento de Cristo, o por la relación con la de las festividades de Mitra, sino tal vez por esa gran idea sincretista de Constantino, (el emperador que había decretado en el 321 el primer día de la Semana como fiesta del Señor y a la vez el día del Sol), buscando favorecer el encuentro de los seguidores de los dos cultos en la celebración anual del mismo día.

La fiesta de Navidad aparece mencionada por primera vez en el *Cronógrafo* de 354. Era éste un almanaque de lujo, ilustrado y caligrafiado por el artista griego Furius Dionysius Philocalus, quien lo realizó por solicitud de un cristiano de la época llamado Valentín; contenía, entre las informaciones numerosas de orden civil, algunas celebraciones de aniversarios de mártires y obispos. Después de que en el calendario civil indica que el 25 de diciembre se celebra el *Natalis Invicti*, dice: *En la calenda 8 de enero nació Cristo en Belén de Judá* (Teniendo en cuenta la manera como se señalaban los días en la antigüedad, la calenda 8 de enero corresponde a ocho días antes del primero de enero –calenda-, por lo tanto, el día 25 de diciembre).. La celebración de la Navidad en Roma se remonta entonces al rededor del año 330.

En esta festividad se unían a la conmemoración del nacimiento de Jesús, la evocación de los acontecimientos que lo acompañan: la adoración de los pastores y de los magos, y la matanza de los inocentes por Herodes.

En la segunda mitad del siglo IV, Roma afianza la celebración del 25 de diciembre en la que se conmemora el nacimiento de Jesús y la adoración de los pastores, mientras que el 6 de enero es la adoración de los magos.

A partir de entonces la fiesta del 25 de diciembre se propagó desde Roma por toda la cristiandad, y procura, en este tiempo, imponer la fiesta de Navidad como distinta de la de Epifanía a las Iglesias de Oriente. Pero no lo consiguió fácilmente. Porque entre las Iglesias de Oriente muchos se mantenían firmes y perseverantes en la celebración de la fiesta del Nacimiento de Cristo bajo la forma antigua de la fiesta de la Epifanía, los días 5 y 6 de enero.

En Siria la resistencia fue particularmente obstinada. En Antioquía se intentó, en vano, durante diez años. Sólo se pudo lograr con ayuda del gran orador S. Juan Crisóstomo. En su célebre sermón sobre la Navidad, el Crisóstomo intentó persuadir a los cristianos de su Iglesia de que era necesario celebrar la fiesta del Nacimiento de Cristo el 25 de diciembre, porque era realmente el día en que Cristo había nacido. De esta forma Crisóstomo logra hacer triunfar para siempre en su Iglesia la fiesta del 25 de diciembre.

En Constantinopla había sido introducida esta fecha el año 379 por S. Gregorio Nacianceno, el defensor de la divinidad de Cristo. Y la Iglesia de Egipto se resistió todavía más, y esta oposición no cesó, de una manera clara, hasta el año 431.

Pero fue principalmente en Jerusalén donde no se logró privar a la antigua fiesta de Epifanía, celebrada el día 6 de enero, de su contenido principal en favor de una fiesta nueva. San Jerónimo desplegó en vano toda su elocuencia. Sólo a partir de la mitad del s.VI probablemente la Iglesia de Palestina cesó también en su oposición. Una sola Iglesia, la de los Armenios, se mantuvo firme y no aceptó celebrar la fiesta del Nacimiento de Cristo el 25 de diciembre; todavía hoy la celebra el 6 de enero.

Este es el origen de la fiesta de la Navidad. En un primer momento sentimos una sacudida de desconcierto al enterarnos de que una de las más cristianas de las fiestas habría tenido asociaciones paganas. Pero si reflexionamos, encontramos precisamente aquí un nuevo ejemplo del método misionero y catequético de la Iglesia. En lugar de suprimir costumbres o instituciones existentes, la Iglesia prefiere, cuando es posible, conservarlas, aunque confiriéndoles una significación nueva.

La Iglesia de la Roma del siglo IV no suprimió el *Natalis solis invicti* (Nacimiento del Sol invicto), sino que lo transformó en *Natalis Christi* (Nacimiento de Cristo). La fecha es la misma, pero el contenido es completamente nuevo.

El simbolismo de la luz y del sol no era desconocido para los cristianos, pues hundía sus raíces en la Biblia. Cristo era conocido ya como "*sol de justicia*", "*esplendor del Padre*", "*luz del mundo*".

Un escritor del siglo IV, aludiendo a la fiesta del Sol Invencible sustituida entonces, pregunta retóricamente: "*¿Acaso hay alguien más invencible que nuestro Señor, que superó y venció a la muerte?*" Este escritor incluía en su comprensión de la fiesta no sólo el nacimiento de nuestro Señor, sino también su combate con Satanás y su victoria sobre él. Visto en la cruz, Jesús parece perder la batalla, igual que el sol invernal parece ser vencido por la oscuridad; pero entonces, con su resurrección, vence a la muerte y a los poderes de las tinieblas, y surge a una nueva vida, como el sol de la mañana.

Una vez establecida, la fiesta de Navidad creció con rapidez en cuanto a jerarquía e importancia. De ser una simple conmemoración de un día, pasó a convertirse en ciclo o tiempo litúrgico. En la segunda mitad del siglo **IV** se le unió otra fiesta de natividad de origen oriental, **la Epifanía**.

Dos siglos más tarde, el período de preparación conocido como **Adviento** estaba establecido firmemente en Roma. También allí se celebraba por esas fechas la octava del día de Navidad, que conmemora la maternidad divina de María. La fiesta de la epifanía adquirió una poscelebración, de manera que en el siglo **VII** todo el período de Adviento, Navidad y Epifanía había adquirido la forma y contenido que nos son familiares en nuestros días.

De este examen de los orígenes deberíamos retener dos ideas importantes.

En primer lugar, Navidad es una fiesta de la luz, una luz que no es objeto de adoración, sino símbolo de Cristo, la Luz del mundo.

En segundo lugar, esta fiesta, por celebrar la victoria de la luz sobre las tinieblas, tiene un carácter redentor y, por consiguiente, guarda una relación con Pascua, la fiesta de la redención.

2. Las tres Misas

Cuando estaba todavía reciente la introducción de la fiesta de Navidad en Roma, ésta se celebraba con cierta sencillez. No había un tiempo de preparación ni octava. Además, sólo tenía una misa, que se celebraba por la mañana.

¿Cómo llegaron las tres misas?

Señalemos ante todo que la llamada **misa del día** (25 de diciembre), la que aparece en tercer lugar en el misal, es de hecho la más antigua y la más importante de las celebraciones. El evangelio, tomado del prólogo del evangelio de san Juan, pone ante nosotros el objeto esencial de la fiesta, que es el misterio de la encarnación.

La misa de medianoche (del 24 al 25 de diciembre) nació de la siguiente manera. La idea de celebrar una misa a medianoche fue copiada de Jerusalén. La peregrina Egeria describe en *su Diario* un servicio de esas características celebrado en la gruta de Belén. Esto tenía lugar no el día de Navidad, sino en la fiesta de la Epifanía. La gente se reunía allí para la misa de medianoche; y luego, al despuntar el alba, volvían a Jerusalén, donde se decía una segunda misa.

En algún momento del **siglo V** se introdujo una costumbre similar en Roma: En la noche anterior a la Navidad, el Papa celebraría la misa en una capilla de la basílica de Santa María la Mayor. Esta capilla tomó el nombre de *ad Praesepe* ("capilla del pesebre"). Conmemoraba la gruta de Belén. La liturgia, ahora como entonces, evoca la atmósfera de esta primera noche de Navidad. En el evangelio se lee el relato de Lucas (2,1-14). Describe el humilde nacimiento de Jesús "en un

pesebre", la escena de los pastores que cuidan sus rebaños durante la noche y la aparición de los ángeles llevándoles "*noticias de gran gozo*".

La misa al amanecer (25 de diciembre) fue introducida en el **siglo VI**. Ciertamente la conoció el papa san Gregorio Magno, que murió el año 604. En una de sus homilias se refiere a las tres misas que tiene que celebrar en Navidad. Originariamente, la segunda misa se decía en honor de santa Anastasia, mártir muy venerada en Oriente. Su fiesta se celebraba en Roma este día, en la basílica cercana al palacio imperial. Por deferencia hacia el emperador, el Papa se sentía obligado a celebrar una misa especial en honor de la mártir para la corte. Con el tiempo, esto se convirtió sencillamente en una segunda misa de navidad, con una simple conmemoración de santa Anastasia. En las recientes reformas se ha omitido incluso esta conmemoración.

Tal es el origen de las tres misas. Lo que en un tiempo fue costumbre de la Iglesia de Roma, y concretamente del Papa, se hizo universal. Cada una de esas misas tiene su carácter peculiar y ofrece una visión particular del misterio.

3. Pero, ¿nacío realmente Jesús el 25 de diciembre del año 1 de la era cristiana?

Las narraciones de la infancia de Jesús, conocidas como Evangelios de la Infancia, las encontramos en el Nuevo Testamento, únicamente en los primeros capítulos de los Evangelios de Mateo y Lucas.

Marcos, no se ocupa de la infancia de Jesús; tampoco lo hace el evangelista Juan. Los evangelistas no se propusieron hacer una biografía detallada de Jesús ni una historia sobre Jesús como los autores contemporáneos podrían hacerlo con actas y documentos de forzosa credibilidad. Los evangelios en general, y particularmente los relatos de la infancia pretenden esencialmente darnos un mensaje.

Es preciso situarnos en la época en que se escribieron los evangelios (concretamente los de Mateo y Lucas) y la fecha del nacimiento de Jesús.

El evangelista Mateo escribió su evangelio, el que conocemos, seguramente después del año 70 de la era cristiana, y lo dirigió a la comunidad de cristianos-judíos para quienes el Antiguo Testamento era bien conocido, de allí sus constantes referencias a la Ley y los Profetas.

Por su parte, el evangelio de Lucas aparece también después del año 70, pero está dirigido a gentiles convertidos, tal vez desde el mundo griego.

En ambos casos, habían pasado varios años después de la muerte de Jesús de Nazaret, pero se tenía la conciencia de que había sido resucitado por Dios y seguía viviendo en medio de ellos. Lo que primero se puso por escrito fue la historia de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Más tarde se quiso responder por los orígenes de Jesús y se redactaron los evangelios de la Infancia.

En cuanto a la fecha del nacimiento de Jesús, hoy es posible afirmar que necesariamente es anterior al primer año de la era cristiana.

En el evangelio de Mateo encontramos el dato del nacimiento de Jesús en época del rey Herodes. El historiador Josefo dice que Herodes el Grande, rey de Judea murió poco después de un eclipse en la noche del 12 al 13 de marzo, un mes antes de la Pascua. En el 750 ab Urbe condita (4 a. C.) hubo un eclipse en la noche del 12 al 13 de marzo, un mes antes de la Pascua.

Como Herodes mandó a matar a los niños menores de dos años (Mt 2,16) es posible datar el nacimiento de Jesús dos años antes de la muerte de Herodes (7-6 a. C.), lo que estaría de acuerdo con la información que nos trae el evangelista Lucas cuando nos dice que Jesús tenía alrededor de treinta años en el año quince del reinado de Tiberio César (1 de octubre del 27 d. C hasta el 30 de septiembre del 28).

El hecho de que Jesús naciera "antes de Cristo" es el resultado de un error que cometió en el año 533 el monje Dionisio el Exiguo, al hacer el cómputo del año primero de la era cristiana como el año 754 de la fundación de Roma, fecha demasiado tardía ya que Herodes murió en el 750.

4. Conclusiones

Al celebrar la fiesta del Nacimiento de Cristo el 6 de enero o el 25 de diciembre, los cristianos no celebraban ni celebran una fecha reconocida como exacta desde el punto de vista histórico. Cuando las comunidades cristianas del siglo III, tanto en oriente como en occidente, comenzaron a celebrar la fiesta del nacimiento del Señor no era tanto el acontecimiento histórico del alumbramiento lo que les interesaba rememorar cuanto el misterio insondable e inaudito del Dios hecho hombre en las entrañas de la Virgen María, la manifestación de Cristo sobre la tierra.

El impulso de la celebración del Nacimiento de Cristo no ha venido del exterior, sino que ha procedido de reflexiones cristianas sobre el sentido teológico del acto salvador por el que Dios se ha hecho hombre en Jesucristo y se ha abajado hasta nosotros.

La sobreestimación de esta fiesta, y principalmente la preferencia que se le ha concedido en comparación con la fiesta de Pascua, no corresponde ni a la práctica cristiana, que en su origen no conocía más que ésta, ni al pensamiento teológico de los primeros cristianos.

La encarnación hay que considerarla a partir de la Muerte y la Resurrección, y no al revés. Teniendo en cuenta esta subordinación, se conforma perfectamente con la fe neotestamentaria el celebrar el Nacimiento de Cristo con una festividad especial. Porque ya los autores de los Evangelios, Mateo, Lucas y Juan, se inclinan ante este acontecimiento cuando, cada uno a su

manera, buscan el modo de iluminarlo; y ellos no son en esto más que los representantes de la comunidad que ha transmitido estas tradiciones. El himno de Filipenses 2,6-11. podría ser un himno de Navidad:

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre";
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

La elección de la fecha ha venido determinada, como ya hemos visto, en los dos casos (6 de enero y 25 de diciembre) por el hecho de que estos dos días eran días de fiestas paganas cuyo contenido ideológico tendía a unirse a los pensamientos específicamente cristianos de Navidad. Fundándose en el NT, se puede descubrir legítimamente que Cristo, Salvador de la humanidad, es, al mismo tiempo, el Redentor de la creación entera; y que la historia de la salvación, unida a este nombre, atañe también al universo entero. En virtud de esta solidaridad del hombre y de la creación, la salvación del hombre es la salvación de toda la creación.

"Muy queridos todos: ¡Alegrémonos! Hoy ha nacido nuestro salvador. No nos está permitido dar cabida a la tristeza allí donde nace la vida que, borrando el temor de la muerte, nos infunde la alegría que conlleva toda promesa de eternidad. Que nadie se sienta excluido de poder participar, pues nuestro Señor, destructor tanto del pecado como de la muerte, vino para liberar a todos, ya que a nadie encontró libre de pecado. Llénate de júbilo, tú que eres santo, porque el premio está cerca. Alégrate, tú que eres pecador, porque serás perdonado. No desesperes, tú que no crees, porque también tú eres llamado a la vida. Pues el Hijo de Dios, al creerlo oportuno el misterioso pensar divino, tomó la naturaleza del género humano para reconciliarla con su creador" (san León Magno)